

Abrió á Israel sus brazos paternos,
Y lo mimó como hijo preferido,
Pues de su gran clemencia los caudales
El jamás hubo puesto en el olvido:
Así á nuestros abuelos patriarcales
Él mismo, desde Abraham, lo ha prometido,
Y todo su linaje esa promesa
Por los siglos guardó con gran firmeza.”

Así el himno sonó, cuyos acentos
Al torrente espumoso encadenaban
Y á los parleros juguetones vientos.
Mas ya en todo su brillo centellaban
Las lámparas del cielo; esos momentos
Al amable descanso convidaban
A aquellos moradores venturosos,
Testigos de prodigios tan grandiosos.

Mas apenas la aurora rubicunda
Empieza de los montes empinados
A sacudir las brumas, y ya inunda
Con sus flecos de luz bosques y prados:
La flor de Nazaret, y la fecunda
Anciana, al escuchar los acordados
Conciertos de los pájaros, rompieron
El sueño, y del hogar la puerta abrieron.

El frescor de las auras matinales
Los convida á vagar por la alquería
Que sus fúlgidas galas primordiales
Con imponente majestad vestía.
A través de las rocas y zarzales
Con ímpetu Isabel brecha se abría;
Allá dentro su mente las ideas
Iban cobrando formas giganteadas.

Entre madroños, lárices y helechos
Una silvestre gruta destacaba,
Cubierta sus paredes y sus techos
De verdinegro musgo; penetraba
La luz entre resquicios tan estrechos,
Que sus cabellos de oro enmarañaba;
Un fresco manantial de linfa pura
Hendía los flancos de la roca dura.

Al pie de ese antro, ante su vista abierto
Detúvose la anciana venerable:
A su diestra, entre brumas, el desierto
Se dilataba, rígido, indomable,
Como un gemido prolongado, incierto;
Sólo entre aquella calma imperturbable
Revoloteaba el águila altanera
Cual si del yermo la guardiana fuera.

Toda aquella grandiosa perspectiva
Arrobaba á Isabel; ella en su mente
Iba reconstruyendo pensativa,
Un misterioso sueño: y de repente,
Tras larga y afanosa excitativa,
Como herida de un rayo refulgente,
Vuelve de su estupor, y a estas voces
Profiere entrecortadas y veloces:

“Esas rocas . . . ese antro . . . esa fontana..
¡Oh vasta soledad! ¡oh yermo adusto!
¡Oh arcanos de la Mente soberana! . . .
¡Oh futura mansión del vate augusto! . . .
¡Primeros lampos de su edad temprana! . . .
Ese lecho granítico, vetusto
Recibirá sus miembros, esa fuente.
Más tarde apagará su sed ardiente

Sacúdete, oh desierto, tu selvosa
Bronca melena agita; al fin despierta
De tu létargo, oh soledad umbrosa;
Regocijate ya, írquete alerta:
Pronto vas á escuchar la sonora
Voz del gran vate que, la frente yerta
De una estirpe en el polvo sumergida,
Levantará, llamándola á la vida.”

Asi hablaba Isabel, fuego divino
De nuevo respirando: en pie María
Tan ardiente lenguaje peregrino
Con asombro escuchaba. Ya vestía
La mañana su manto purpurino,
Y sus húmidas rosas esparcía,
Mientras entrambas en tranquilo giro
Ledas vagaban por aquel retiro.

De tan grandes misterios el conjunto
Los coloquios más tiernos fomentaba,
Siempre basados en tan grave asunto.
Solo el anciano Zacarías faltaba:
Su aspecto taciturno y cejijunto
El asombro en la Virgen despertaba,
Quien á Isabel la causa preguntole
Y ella así complaciente respondióle:

“Nada te ocultaré. Tranquilamente
Se deslizaba nuestra edad madura,
Y nuestra prece aún viva y ferviente
Sin descanso elevábase á la altura
Pidiendo un hijo al Padre omnipotente:
Cuando tocó á mi esposo la ventura
De acercarse por turno al pie de la ara
Para que allí el incienso se elevara.

Cubierto por los velos del sagrario
Cumplía el rito antiquísimo quemando
El timiama en el fúlgido incensario,
Mientras el pueblo todo estaba orando
En los atrios grandiosos del santuario.
Subía el perfume lentamente; cuando,
De improviso, entre vivo rebervero
Se le muestra un celeste mensajero.

Llenose él de temor, y de sus manos
Resbalose el turíbulo, mas luego
Oyó aquestos acentos sobre humanos:
“¡No temas! Zacarías, ya tu ruego
Penetró los palacios soberanos;
Dios á tus ansias concedió el sosiego:
Te anuncio que Isabel, tu anciana esposa,
Será de un hijo madre venturosa.

Juan le darás por nombre; el regocijo
Tu pecho ha de ensanchar, y la alegría
Retozará entre el pueblo por tal hijo;
Grande será ante Dios que te lo envía;
Será su ayuno inquebrantable y fijo;
No tocará sus labios la ambrosia
De la espumosa vid, ni jugo alguno
Que embriagar pueda, romperá su ayuno.

En él la plenitud de sus caudales
Vertirá el almo Espíritu ferviente;
El más grande será de los mortales;
Él á Israel conducirá elocuente
A los altos apriscos celestiales,
Al seno de su Padre tan clemente.
De Elías la ardiente espada manejando,
Y su misma grande alma retratando:

Él Precursor será y el mensajero
De su Señor, y hará que se levante
Un escogido pueblo que al sendero
De sus mayores incredula, y no quebrante
De patriarcal alianza el sacro fuero,
Y que la turba incrédula, arrogante,
Abra su ciega mente á la prudencia,
Y siga de los justos la inocencia,

Al ángel respondiolo Zacarías:
“¿Cómo podré yo creer tan gran promesa?
Al ocase ya ves corren mis días,
Blanca nieve ha cubierto la cabeza
De mi esposa, y sus fibras son tardías.”
Replicó el alto nuncio: “ten certeza;
Soy Gabriel, que la corte vienhadada
Asisto de Jehová, y esta embajada,

“Estas faustas noticias he venido
Aquí á traerte: mas también te advierto
Que (pues una señal has tu pedido
Y mis palabras recibiste incierto;
Has de cerrar tu labio enmudecido,
Y sufrirá tu lengua un desconcierto
Hasta aquel día en que verás cumplirse
Cuanto oyes por mi boca predecirse.”

Desde entonces sus labios se cerraron;
Tan sólo á señas las ideas expresa,
Y sus líneas faciales se alteraron
Entre esfumadas sombras de tristeza;
Pues aquellas especies se grabaron
En su herido cerebro con firmeza:
El enmudece; pero muestra su alma
Dulce quietud, imperturbable calma.

Calló Isabel; sus férvidos acentos
Vibraban con insólita energía
Al traer á su mente esos portentos.
En tan grata y amable compañía
Dulces se deslizaban los momentos
De ambas madres que el cielo bendecía.
Y ya la luna completó tres veces
Sus menguas alternadas con sus creces.

Pero antes que abandone aquestos lares
La Madre del Señor, al fértil suelo,
Oh Musa de Sión, á los palmares
De Nazaret condúceme en tu vuelo;
Descúbreme la angustia y los pesares
De aquel justo varón á quien el cielo
Dió por esposa á la gentil Doncella
A cuya planta el Erebo se estrella.

Díme, por qué la angustia y los cuidados
En orbitas confusas por su mente,
Van revolando audaces, é inflamados;
Suspiros brotan de su pecho ardiente,
Y acentos de su boca entrecortados?
Díme, ¿cuál es de esa inquietud, la fuente?
Tú siempre de los justos mitigaste
El dolor y sus llantos enjugaste.

¿De de la virgen quizá la lengua ausencia,
Y los recuerdos que su mente excitan
Por tan rara virtud, tanta inocencia
Las fibras todas de su pecho agitan?
¿O su espíritu gime, y su conciencia
Entre ondas tempestuosas que se irritan,
O clava en su cerebro, en riña cruda,
Sus uñas aceradas la cruel Duda?

¿O ha querido el Eterno unos instantes
Sumergida dejar alma tan pía
Entre esos pensamientos fluctüantes
Para que brillen á la luz del día
Más y más sus virtudes culminantes?
No me engaño. Jehová mostrado había
Al invicto José, mientras el sueño
Derramaba en sus ojos el beleño,

Que el seno de esa virgen concibiera
Por un germen incognito, fecundo:
Mas le ocultó á la vez de qué manera
Se obrara allí misterio tan profundo;
Y aun permitió á la Duda que viniera,
Cuando todo en quietud se hallaba el mundo
Y en su alma bronco nido fabricara,
Y sus tranquilas horas amargara.

Él, según las costumbres populares,
Aún no impartiera á su divina esposa
La amiga sombra de sus pobres lares.
Ella, entretanto, oculta, pudorosa,
Escondiendo sus galas singulares,
Cual la violeta tímida y medrosa,
Bajo el paterno techo se abrigaba,
Y la azucena virginal guardaba,

La aureola virginal que, sus fulgores.
Jamás entre ellos ofuscar debía;
Un foco de castísimos amores
Era su noble pecho donde ardía
Incienso de purísimos olores,
Que el cielo, complacido, recibía:
Un mutuo pacto, firme, inquebrantable
Guardaría tesoro tan amable.

¿Cómo, pues, de repente el casto seno
De aquesta virgen fecundarse pudo,
Y ya mostrarse de su fruto lleno?
He aquí la causa del combate rudo,
La parda nube que eclipsó el sereno
Animo de José: perplejo, mudo,
No halla cómo explicar aqueste enigma
Que así lo marca con doliente estigma.

La duda, en tanto, sobre la cabeza
Del pío varón audaz revoloteando,
Insidiaba de su alma la firmeza,
Y aun las garras y pico en él clavando;
Hacía por infiltrarle con destreza,
De la sospecha el tósigo nefando
Que roe las entrañas y los huesos,
Y el germen deja allí de mil excesos.

Más José, como indómito caudillo,
Al monstruo alado firme rechazaba,
Y ni el más leve soplo ó vaporcillo
Ante sus fieles ojos empañaba
De su áurea esposa el deslumbrante brillo,
Y cruda lucha sin cejar trababa:
Mas, por fin, ha resuelto retirarse,
Y de su hogar pacífico alejarse.

¿El héroe ha desmayado por ventura,
O en la lid receló de su impotencia?
No: ¡Musa de Salem! su gran cordura
Pudiste tú admirar y su prudencia:
Entre aquel pueblo de cerviz tan dura
Fuera, tal vez, una arma su presencia
En contra de esa virgen inocente,
Que había de aparecer cual delincuente.

O quizá, en tanto, el angustiado esposo
Recordó la notoria profecía,
Que un parto sobrehumano, portentoso
A una virgen intacta atribuía:
Pero atendiendo al timbre tan glorioso
Que en tal virtud sobre él redundaría;
Su pequeñez y su ruindad le espanta,
Y atrás le obliga á retirar la planta

Cerrado había su taller sencillo
El fiel patriarca; y con afán espiaba,
(Oculto en un ameno bosquecillo
Que no lejos su sombra proyectaba)
Del Astro enfermo el moribundo brillo:
A Dios, en su dolor se abandonaba,
Y olvidando zozobras y temores,
Al cielo dirigía sus loores.

Mas Dios, clemente, quiso que alumbrara
Benigna estrella al angustiado amante
Y el nublado fatal se disipara:
Cual suele á veces una madre amante
A un hijo tierno, prenda la más cara,
Mostrarle torva faz por un instante,
Y prodigar después al dulce niño
En modos mil su maternal cariño.

Ya la noche embozada se cernía
Por todo el bosque en que el varón espera
El convulsivo palpitar del día:
Hondo silencio en derredor impera
Que ni el cárabo ronco interrumpía,
Y mientras á partir se dispusiera,
El sueño entre sus redes ya lo ha envuelto,
Y el vigor de sus fibras se ha disuelto.

Un profundo sopor cerró sus ojos:
Súbito parecióle iluminarse
La selva toda en resplandores rojos,
Los altos tamariscos inflamarse,
Y las zarzas arder y los abrojos;
Y, en tanto, entre las llamas acercarse
Hacia él, con semblante muy ufano,
Un alígero excelso cortesano.

Al agitar sus alas sin estruendo,
Las llamas oscilantes se extinguían,
Sus puntiagudas lenguas escondiendo,
Y las frondosas ramas sacudían
Las centellas que al suelo iban cayendo,
Y en la seca hojarasca se perdían,
Sin que el humo sus hélices formara,
Ni huella alguna el fuego conservara.

Tocó entonces el ángel con su mano
La frente de José, y así le dijo:
‘José, que del linaje soberano
De David descendiste ¿qué prolijo
Penar agudo así te angustia en vano?
¿Porqué á tu esposa, á quien Jehová bendijo
Y de gracia colmó, quieres cerrarle
Las puertas de tu hogar, y abandonarle?’

¿Ignoras el oráculo grandioso
Que á una púdica virgen ha anunciado
Un parto singular y prodigioso,
Y que el hijo á quien ella habrá alumbrado
Será asimismo el Todopoderoso
Que del trono estelífero ha bajado
Para vivir en la mansión del hombre,
Y por tanto “Emanuel” será su nombre?

Este gran vaticinio se ha cumplido
De tu esposa en los senos virginales,
Que del Creador Espíritu han sentido
Las vivílicas auras germinales:
Tú sobre el hijo que ella ha concebido,
Has de ejercer los cargos paternos,
“Jesús” le llamarás, porque le plugo
De su pueblo romper el férreo yugo.

Abre, por fin, tu pecho á la alegría:
Lejos ya toda angustia; con presteza,
Cuando despierte el luminar del día,
A tu taller pacífico regresa:
Ya se encamina á Nazaret María,
Dejando de los montes la aspereza;
Tu mismo hogar no dudes en abrirle,
Y con sencilla pompa recibirle.”

Así habló el ángel, y perdióse luego
Entre los pliegues de la noche. En tanto
José espera con ansia y sin sosiego,
Que de las sombras se recoja el manto
Para volver al techo solariego:
Ya se calmó su afán y su quebranto,
Y penetrando su grandeza misma,
En los arcanos de Jehová se abisma.

Y luego que las auras matinales
Del bosque acariciaban la melena;
Dirijiose de nuevo á sus umbrales
A empezar la gratisima faena,
Y ataviar esos muros patriarcales,
Esa feliz mansión que pronto llena
De su mismo Señor se sentiría,
Al recibir á la sin par María.

Siempre el Eterno los más grandes dones
Para el humilde pueblo ha reservado;
Al sencillo candor sus galardones
También entonces hubo destinado:
Pues ¿quiénes rendirán sus ovaciones
A la Madre del Verbo, y humanaado?
De aldeanos y pastores grande turba
Vino del valle y la colina curva,

A la voz del Patriarca, que afanoso
Las vegas en reedor ha recorrido
En busca de ese pueblo laborioso,
En que el mismo Señor se ha complacido:
Palpita en todos el más vivo gozo;
Pues de la boca de José han oído
Que de salud la prenda más segura
Tendrá Israel en esa Virgen pura,

En quien la mano del Eterno ha obrado
Los más grandes prodigios. Sin demora
Todos, por tanto, el soto y el collado
Recorren; ya á la palma mecedora
Sus joyas más vistosas han robado,
Y á los dominios de la amable flora:
El acanto, el estóraque y la acacia
Esa santa ambición apenas sacia.

Vírgenes tiernas, púdicas zagalas
Entretejen guirnaldas y festones,
Adornados del campo con las galas;
Les brinda el limonero sus botones,
El tulipán sus encendidas alas,
El prado todo sus campestres dones;
Y al regresar á sus pajizos lares,
Van ensayando místicos cantares.

La amable Virgen ya dejado había
Su adios más tierno á la feliz anciana
Y á la risueña plácida alquería;
Y sus ojos aún, aunque lejana,
Hacia ella solícita volvía:
Entre el grato frescor de la mañana,
Por los mismos senderos rocallosos
Guía, de nuevo, sus pasos presurosos,

Sin mirar del camino á la aspereza,
Ni á los rayos del sol, que ya sañudo
Dardos de fuego á disparar empieza.
En un amable arrobamiento mudo
Su alma está sumergida: la grandeza,
De esos nuevos portentos que ella pudo
Saber desde su origen, su alma hiere,
Y sublimes afectos le sugiere.

De Jezraél, por fin, á la llanura
La reina de los siglos se acercaba;
Parecía engalanada la natura,
Asociarse á la pompa que aprestaba
La humilde Nazaret; con gran premura,
Sus más ricos joyeles ostentaba
El campo al ser hollado por María,
Y otra vez de mil flores se vestía.

De querubes un círculo descende
A formarle cortejo, sus brillantes
Alas purpureas en reedor extiende,
Esmaltadas de perlas y diamantes,
Y un pabellón formando, le defiende
De los solares rayos fulgurantes,
Y otros, el aire puro refrescando,
Flabelos de color van agitando

Ya del ronco Cisón dejara á un lado
El arenoso lecho; y de repente,
Al doblar la ancha falda de un collado,
Vió á su encuentro salir rápidamente
A su férvido esposo, acompañado
De turba postoril, que alegremente
En entusiastas vítores rompiendo,
Hirió los aires con festivo estruendo.

Unísonos á un tiempo resonaron
Los rabeles y acordes instrumentos;
Las palmas, las acacias agitaron
Con un dulce vaivén los tibios vientos,
Y aromáticas ramas tapizaron
La senda por doquier; y en los momentos
En que la agreste pompa se acercaba
A Nazaret, que ansiosa la esperaba:

Entonces ¡oh inocencia venturosa!
Por los muros, terrados y balcones,
De mil vírgenes, pléyade vistosa,
Búcaros y coronas y festones
Hizo caer, cual nube vaporosa,
O de nieve cual cándidos vellones,
Y el tesoro gentil de primavera
Sobre la amable Virgen placentera.

Y en ese mismo instante al aire dieron
Sus cánticos pastores y zagales,
Y así sus ecos rítmicos se oyeron:
“Salve honor de las playas celestiales,
A quien los siglos con asombro vieron:
Tú eres vida y salud de los mortales,
Tú de Israel la gloria y alegría,
Tú, blasón de tu pueblo ¡oh gran Maria!

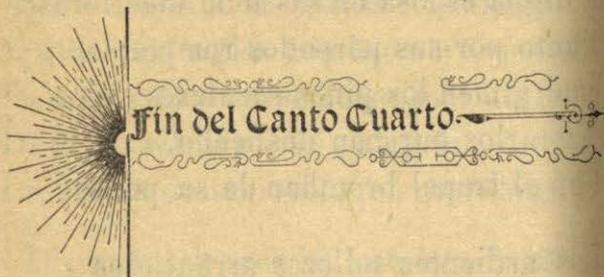
Tú, que al dragón hollaste con la planta,
De tu cautivo pueblo las prisiones,
Nueva invicta Judit, también quebranta,
Y del cielo á las fúlgidas regiones
Hoy la esperanza de Judá levanta:
En tanto, estas sencillas ovaciones
Recibe, oh Virgen, de tu humilde aldea
Que por tí se engrandece y hermosa.

Repiten con asombro los collados
De esa virgen el nombre, y los sonoros
Aplausos le devuelven redoblados,
Mientras prosiguen los amables coros,
En dos alas simétricas formados
A la sombra de palmas y de acoros,
Y del esposo á la mansión vecina
El popular cortejo se encamina.

Pero, ¿cómo podrás, cítara mía,
Bosquejar los trasportes singulares
Con que el casto Patriarca recibía,
Tan digna esposa en sus humildes lares?
El llanto por sus párpados rompía;
Y cual gimen los pinos seculares
Al azotarlos huracán deshecho,
Así en el tropel brotaban de su pecho

Los ardientes sollozos arrancados
A su alma por el júbilo impetuoso
Que por todas sus venas rebosaba,
Mientras ósculos mil con tembloroso
Labio en los pies virgíneos estampaba:
La presencia del Todopoderoso,
Y de esa augusta Madre la grandeza
En el polvo lo hundían de su vileza.

Era la media noche, y todavía
Los rústicos acordes instrumentos
Resonaban con grata melodía,
Y al eco de esos húmidos concertos
Un grupo de querubes respondía
Envuelto entre las ondas de los vientos,
Y sus voces subían á la altura,
Cantando del Patriarca la ventura.



Fin del Canto Cuarto

